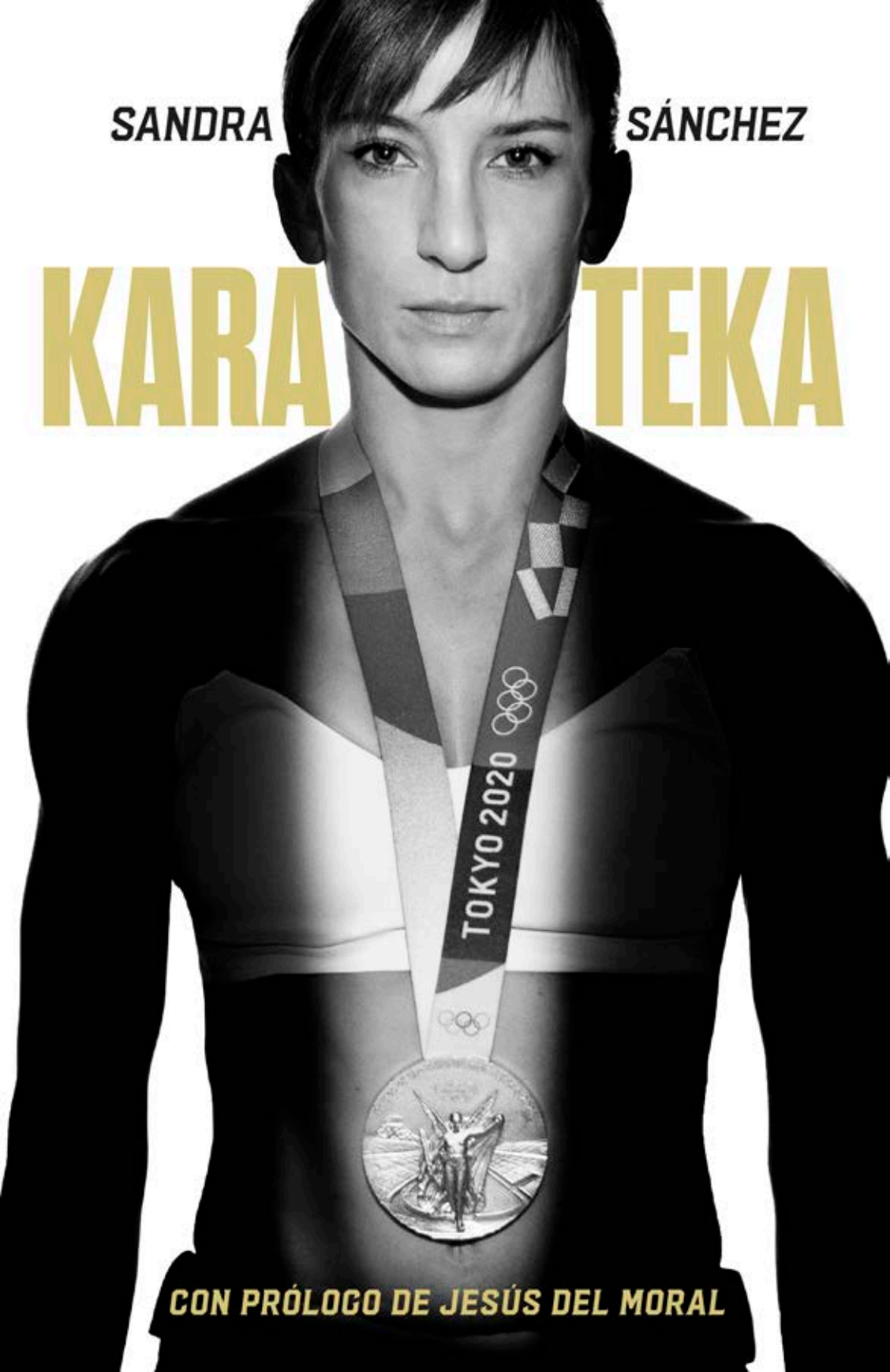


SANDRA

SÁNCHEZ

KARATEKA



CON PRÓLOGO DE JESÚS DEL MORAL

SANDRA SÁNCHEZ JAIME

KARATEKA

... ÍNDICE ...

PRÓLOGO 11

INTRODUCCIÓN 15

CAPÍTULO 1 **Primeros pasos en el tatami** 17

CAPÍTULO 2 **El desmoronamiento de la inocencia** 25

CAPÍTULO 3 **Superar obstáculos** 33

CAPÍTULO 4 **Tocando fondo** 39

CAPÍTULO 5 **Deseos de aventura** 49

CAPÍTULO 6 **Cal y arena** 65

CAPÍTULO 7 **El embrujo de Okinawa** 75

CAPÍTULO 8 **Dubái** 91

CAPÍTULO 9 **Un reencuentro inesperado** 111

CAPÍTULO 10 **Kintsugi** 129

CAPÍTULO 11 **Tokio antes de Tokio** 135

CAPÍTULO 12 **Pausa 2020** 143

CAPÍTULO 13 **Tokio 2021** 151

CAPÍTULO 14 **Después de Tokio** 167

EPÍLOGO 179

AGRADECIMIENTOS 181

CAPÍTULO 1

PRIMEROS PASOS EN EL TATAMI

La persona que te mira con más orgullo por estar ahí es
tu niña pequeña. Le enseñaste a no rendirse, la calmaste
cada vez que lloraba, le diste las fuerzas que necesitaba
para salir y luchar.

De las muchas Sandras que he sido a lo largo de mi vida, recuerdo a la más pequeña como una niña inquieta, rebelde y con un fuego interior que no sabía de dónde nacía, pero que necesitaba expulsar como fuera. Esa rabia y esa obstinación no solo las recuerdo yo; todo mi entorno las sufría. Quizá por eso a Sandrita le encantaba jugar a peleas con su hermano, emular las luchas de Dragon Ball —que nos tenían flipados— e ingeniárselas para vencerlo. Pakito, dos años mayor, no solo fue mi *sparring* de la infancia, sino mi modelo a seguir.

Crecí en una familia humilde, cariñosa y muy unida que vivía en Talavera de la Reina, en la provincia de Toledo. En los años ochenta la vida transcurría entre el colegio y las extraescolares, pero mi atención estaba en otro sitio. Con apenas cuatro años, no sé si me atrajo el karate por Dragon Ball, por ver a mi hermano con el karategi o por puro espíritu de contradicción. Lo que tenía claro es que mi hermano hacía algo muy chulo, y yo no iba a parar hasta conseguirlo.

Podría decirse que el método que empleé resultó ser convincente, porque las rabietas que me agarraba eran de tal magnitud que finalmente mis padres hablaron con Miguel, el sensei del dojo al que iba Pakito, para que me dejara probar. Recuerdo el día que mi madre fue a hablar con él tras recogerme de clase de baile. Miguel le aconsejó que ni siquiera me comprara el karategi; estaba convencido de

que «se me pasaría» en unos días y no merecía la pena el gasto. Yo estaba allí, con mi tutú de ballet, y aunque el baile me gustaba, lo que hacía mi hermano era infinitamente más flipante. No procesé el escepticismo de Miguel como un reto, pero mientras mi madre hablaba con él, sentí un escalofrío. Una certeza física, un latido nuevo en el pecho que me erizaba la piel.

El olor a tatami, a madera del dojo y a esfuerzo quedó grabado en mi memoria desde ese primer día. Cuando me uní a aquel grupo de pequeños karatekas, supe de un modo totalmente inconsciente que había encontrado mi lugar. Obviamente no «se me pasó» y Pakito y yo seguimos yendo al dojo Jara de Talavera durante unos años. Los primeros días, el sensei me hacía entretenerme con un *hula hoop*, decía que aún era muy pequeña para el combate (¡no tenía ni idea de lo que me peleaba yo con mi hermano a la menor oportunidad!). Yo me limitaba a observar al resto. Desde la mirada de una niña de cuatro años, los movimientos de los mayores en el rincón del tatami no eran solo técnica; eran un lenguaje. Los katas me tenían hipnotizada: su belleza, su precisión, la energía contenida y liberada de golpe... Sencillamente alucinaba.

Así fue cómo el karate entró en mi vida y me dio un mundo propio. Poco a poco me gané mi espacio, progresaba y canalizaba ese fuego interno en movimientos cargados de intención. Pero además, el tatami me ayudó a ganar mi primera gran batalla: la de mi asma. Los médicos habían sentenciado que la enfermedad y el deporte de contacto eran incompatibles. Tanto Pakito como yo éramos asmáticos; las bronquitis, los inhaladores y los ingresos hospitalarios marcaron mi infancia y convencieron a mis padres de no tener más hijos. Sin embargo, el karate no fue

un problema, sino mi mejor medicina. Aprendí a respirar, a conocer mis límites y a expandirlos.

Y por si fuera poco, jugaba al baloncesto, primero en el equipo de mi cole, y después me ficharon para el Talavera; sí, sí, habéis leído bien: baloncesto. Evidentemente, no fue por mi altura; de hecho, me llamaban Chicho Terremoto —los de mi época lo entenderéis, los más nuevos podéis buscar un capítulo de esos dibujos animados—, corría más que nadie e incluso siendo la más bajita de la pista, se me veía saltar y pelear la que más en los rebotes. Aún recuerdo lo diferente que resultaba practicar un deporte de equipo y lo mucho que aprendía constantemente del trabajo colectivo con mis compañeras.

Volviendo al karate, luego llegaron las competiciones. Y Sandrita empezó a ganar medallas. Recuerdo perfectamente el día en que gané mi primera medalla. De hecho aún la conservo, es muy pequeñita, pero fue uno de los logros que más atesoro. Las primeras victorias siempre tienen un sabor especial, no tanto porque sepan a gloria deportiva, sino por lo que significan. Te dicen que estás en el sitio correcto, que el esfuerzo tiene recompensa y que el sacrificio no es un castigo, sino un camino.

Con tan solo siete años llegué a mi primer Campeonato de España. ¡Menuda aventura! Aquello suponía salir de casa, dormir en un hotel, estrenar ropa y, por supuesto, competir. Era todo tan extraordinario que no podía parar quieta. Recuerdo que la primera noche no dormimos nada. Mis compañeros y yo nos pasamos todo el rato correteando de una habitación a otra, comiendo ganchitos y riendo a gritos. Al día siguiente, me quedé frita en el pabellón, claro. Hoy sé lo crucial que es descansar, pero entonces la aventura pesaba más que el cansancio. Quedé subcampeo-

na. No recuerdo tristeza por la final, sino la euforia de volver a casa con la bolsa de regalos, la medalla, el trofeo y el chándal de mi «fede», Castilla-La Mancha. Me lo había pasado en grande. Poco tiempo después, el dojo en el que entrenábamos cerró y en el dojo El Junco encontré a mi maestro Javier Pineño.

Siguieron muchas competiciones más, campeonatos regionales y nacionales. Yo daba pasos hacia la preadolescencia, sucedían cosas nuevas en mi entorno, pero fuera del tatami me sentía fuera de lugar. Me costaba relajarme, no sabía de qué hablar con las otras niñas para encajar. Mis habilidades en el tatami no servían de nada en el patio del colegio. Todo lo que no sabía expresar con palabras —mis contradicciones, mis miedos, mis silencios— encontraba su voz en los katas.

Para mis padres, sufragar cada entrenamiento y cada viaje era un esfuerzo económico enorme, pero me apoyaron sin condiciones. Sin embargo, había una sombra que enturbiaba mi ilusión. Una sombra que ellos, con su mirada de adultos, veían con nitidez. Yo ganaba medallas, pero las instituciones me ignoraban. Nunca me llamaban para las tecnificaciones, para las concentraciones. Simplemente, no existía en su radar. Cuando llegaba a casa contando que había otro campeonato, ellos sonreían, pero por dentro sentían la punzada de ver cómo mi esfuerzo y mi talento eran sistemáticamente ninguneados.

Yo no era una ilusa, solo era una niña. No tenía la mirada de un adulto para percibir las trampas del sistema, las puertas cerradas y los favores que se cobran por debajo de la mesa. Esa injusticia les tocaba a ellos, no a mí. Yo me movía por la pureza del deseo, por la conexión absoluta conmigo misma. Hoy, desde la madurez, miro a

esa niña con ternura y admiración. Su ilusión y su tenacidad nunca decayeron. La pena es que esa pureza se acaba perdiendo a base de golpes de una realidad que rara vez es amable.